



¿ARTE MURAL O TERAPIA DE GRUPO?

por Augusto Ortiz de Zevallos

El abordaje entusiasta de uno de los muros del zanjón por un conglomerado de limeños liderados por el pintor, grabador y muralista Francisco Espinoza Dueñas motiva esta nota. Aunque, para ponerla en situación, deba decirse que ya no es ese artista quien lidera a los entusiastas y que el entusiasmo va desdibujándose tanto como la imagen plástica conseguida. Y que ésta ya ha sido abruptamente rota por el artista subsiguiente, como quien señala dónde llegó el anterior y dónde comienza él, como si de eso se tratara.

Pero ¿de qué se trataba? Nunca nadie lo supo con claridad. Espinoza Dueñas dio una explicación llena de buena voluntad pero tan ingenua como confusa. Si, como llegó a decir, el mural iba a medir todo el zanjón, la envergadura bíblica del intento no guardaba correspondencia con la significación más bien expeditiva de ese corredor vial, ni se conocía una idea o guión de la misma que le diera sentido. Si se buscaba que una motivación generada en el trabajo se lo diera; nuevamente no era el zanjón el lugar para propiciarla. En una situación vial de alta velocidad, otro es el tipo de proyecto visual que tuviera sentido. Esto sin desconocer ni desagradecer el empeño puesto.

El arte mural como testimonio o co-

mo expresión colectiva sólo ocurre a la medida de aquello se registra. En muchas ciudades se da en distintas modalidades que van del "graffiti" al mural y se apoya en medianeras, muros o pisos. Pero ocurre allí donde reside una identidad colectiva que suele darle tema, ya lírico o irritado. Por ejemplo, en barrios de identidad étnica y social en grandes urbes.

Alternativamente estas formas de arte ocurren como una obra de arte y de autor, a la escala monumentalizada del espacio público.

Lo emprendido en la esquina de mayor valor inmobiliario de San Isidro, aunque se trate de un espacio atravesado por recorridos metropolitanos, mal puede representar o expresar a nadie colectivo. Allí no está el espacio para ensayos de esta suerte. Pero quisiera que no se lea este comentario como una objeción a que esto ocurra. El mural, hecho de generosos tiempos otorgados por distintos vecinos, es al menos una huella de un deseo. Y otorga un interés visual aunque desagregado y episódico a un lugar antes anodino y consigue un parcial testimonio de nuestros gustos e idiomas.

Pero de allí a que sea arte hay un salto que no dan los buenos deseos originales, ni el ánimo de protagonismo. ■